

este pantano mortífero.» Macaulay muy juiciosamente renunció á la idea de ahorrar otras cien mil rapias antes que exponerse y exponer á los demás á una suerte como la que cupo luego á lord Canning y á Mr. James Wilson. Dió la última mano á sus varias tareas; renunció su plaza en el consejo y la presidencia de la comisión legislativa y del Comité de Instrucción pública; y, en compañía de los Trevelyan, se embarcó para Inglaterra en la primera quincena de 1838.

*A Mr. Tomás Flower Ellis.*

Calcuta, 15 de Diciembre de 1834.

Querido Ellis: Muchas gracias por su carta. Es una delicia en este país extraño ver la letra de tal amigo. Debemos tener ánimos. Confío que en poco más de cuatro años hemos de volver á vernos con un afecto acrecentado por nuestra separación. No estoy, ni debo estar descontento. Tengo salud, abundancia de recursos, consideración, grandes medios de hacer bien, funciones respetables y útiles sin ser penosas, tiempo libre para estudiar, buenos libros, un espíritu activo y sereno, afectos entrañables y una hermana queridísima. Pronto habrá un cambio en mi casa. Mi hermana va á contraer matrimonio la semana que viene. Su futuro, bastante enamorado para parecer un caballero de la Tabla Redonda, es uno de los jóvenes más distinguidos de esta Administración. Tengo la más alta idea de sus dotes. Yo me atrevería á llamarle hombre de verdadero genio. Y, lo que es más importante aún, es hombre del más puro honor, de un genio dulce y de principios firmes. Su virtud pública ha pasado por varias pruebas, y ha salido de ellas resplandeciente.

Lord Guillermo, felicitándome el otro día, me dijo que consideraba á mi futuro cuñado como el joven más capaz de nuestra Administración. Sellama Trevelyan. Es sobrino de Sir John Trevelyan, un baronet—supongo, por el nombre, que de Cornualles, porque nunca me he tomado el trabajo de preguntarlo.

Él y mi hermana vivirán conmigo durante mi estancia aquí. Tengo una casa tan grande como la de lord Dubley en Park Lane, ó, más bien, mayor; de modo que puedo alojarlos sin la menor dificultad. A mí me conviene este arreglo, porque me evita la pena de separarme de mi hermana en este país extraño; y me parece que también le agrada á Trevelyan, pues, habiendo atropellado su educación en nuestra patria, como los demás empleados de la India, tiene ahora una sed insaciable de toda clase de conocimientos, y me considera á mí poco menos que como un oráculo. La otra mañana vino á aconsejarse de mí para volver sobre el griego, que temía haber olvidado casi. Le di Homero; le pedí que leyese una página; y vi que, como la mayoría de los muchachos de alguna disposición que han pasado por la «Cartuja», estaba muy firme en esa lengua. Leyó corrientemente, y se marchó con el libro, declarando que no se daría por satisfecho hasta concluirle. Como verá usted, no es poco tropezar con un cuñado así á los 22 grados de latitud Norte y 100 de longitud oriental.

Leo mucho, particularmente griego, y creo que en todo lo esencial no soy aún mal helenista. Me parece que, con un año de trabajo asiduo, podría empeñar una buena batalla por una pensión universitaria. No leo, sin embargo, como leía en el colegio, sino como hombre de mundo. Cuando no conozco una palabra, paso por ella, si no es importante para el sentido. Si,

como me ha sucedido á menudo últimamente, encuentro un pasaje que no se da á partido á la segunda lectura, le dejo en paz. Durante la última quincena he leído antes del almuerzo tres libros de Heródoto y cuatro dramas de Esquilo. Mi admiración por Esquilo ha aumentado prodigiosamente en esta nueva lectura. No concibo que una persona dotada de un átomo de gusto pueda poner en duda su superioridad inconmensurable sobre todos los poetas de la antigüedad, con la sola excepción de Homero. El mismo Milton me parece que debe cederle. Es absolutamente incomprensible para mí que los críticos antiguos le colocasen tan bajo. Lo que dice de él Horacio en el *Ars Poetica* es completamente ridículo. Hay seguramente el «*magnum loqui*»; pero el gran punto en que se insiste es la habilidad de Esquilo para lo accesorio, para la disposición de la escena, máscaras, coturnos y trajes. Y, después de todo, el *magnum loqui*, aunque la característica más obvia de Esquilo, no es de ningún modo la superior ni la mejor. Y no puedo explicarme esto diciendo que Horacio tenía una imaginación demasiado pobre y pálida para apreciar á Esquilo. Horacio sabía lo que podía hacer, y á ello se limitó con discreción admirable; pero parece haber tenido una idea perfectamente clara del mérito de aquellos grandes maestros con quienes nunca intentó rivalizar. Encomió á Píndaro muy entusiastamente. A mí me parece incomprensible que un crítico, que admiraba á Píndaro, no admirase á Esquilo mucho más.

El griego hace que me acuerde de Cambridge y de Thirwall y de la bajeza é indignidad incalificable de Wordsworth (1). Cuando vea usted á Thirwall, digale

(1) El siguiente pasaje de la carta de un miembro principal del colegio de la Trinidad explica la indignación justificada de

usted que le felicito de todo corazón por haber padecido por tan justa causa, y que yo preferiría haber sido tratado como él, por tal motivo, á tener la plaza de profesor de la Trinidad. Sería una fortuna para la Iglesia que tuviésemos más eclesiásticos de la misma casta, dignos sucesores de Leighton y Tillotson.

De un agregado de la Trinidad paso á otro. (Esta carta es todo un estudio para un metafísico que desee ilustrar la ley de la asociación.) No tenemos aún noticia oficial del nombramiento de Malkin para la vacante del Banco de Calcuta. No puedo decirle á usted lo que me alegra la idea de tenerle aquí. Un juez honrado é ilustrado, sin estrechez de ideas profesionales, es el hombre que necesitamos aquí por razones públicas; y, por lo que hace á mis sentimientos particulares, nada podría serme más grato que tener cerca de mí un antiguo amigo, y un amigo tan estimable, en este país remoto.

Siempre, querido Ellis, suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 8 de Febrero de 1835.

Querido Ellis: El último mes ha sido el más triste que he atravesado en toda mi vida. Realmente no había sabido hasta ahora lo que es ser desgraciado. A principio de Enero vinieron cartas de Inglaterra con

Macaulay. «Thirwall publicó un folleto en 1834 sobre la admisión de los disidentes en la Universidad; y el resultado fué, ó que Wordsworth le privó de su «tontería», ó que él tuvo que renunciarla. También se supone que ha procedido mal Whewell no apoyándole. Thirwall marchó de Cambridge poco después. Supongo que, si se hubiese quedado, hubiese tenido muchas probabilidades de suceder á Wordsworth.»

la noticia de la muerte de mi hermana menor. Lo que era esa hermana para mí no hay palabras que puedan expresarlo. No diré que fuese lo más querido del mundo, porque quiero otro tanto á la hermana que está conmigo; pero me era tan querida como puede serlo un ser humano para otro. Aun ahora que el tiempo ha empezado á ejercer su acción curativa, no puedo hablar de ella sin un profundo abatimiento. Si este golpe no me ha anonadado del todo, lo debo principalmente á la literatura. ¡Qué bendición es amar los libros como yo los amo, poder conversar con los muertos y vivir apartado de la realidad! Muchas veces, durante las últimas semanas, me he repetido á mí mismo estos hermosos versos de Hesíodo:

«Cuando el que sufre un dolor reciente se halla silencioso con el corazón lacerado, si un cantor, servidor de las Musas, celebra los hombres de la antigüedad y los dioses que el Olimpo posee, al punto olvida su tristeza, y no se acuerda para nada de su dolor, seducido por el don bendito de las diosas del canto.» En el Hesodio de Macaulay, este pasaje aparece señalado con tres rayas de lápiz.

He vuelto á la literatura griega con una pasión que á mí mismo me asombra. Jamás he sentido nada como esto. Estaba embelesado con el italiano durante los seis meses que me dediqué á él, y no me atraía mucho menos el español. Pero al volver al griego, me pareció que hasta entonces no había sabido nunca lo que era el gozo intelectual. ¡Qué maravilla de pueblo! No hay un arte ni una ciencia respecto á la cual no pueda usarse la misma expresión que empleó Lucrecio con respecto á la victoria sobre la superstición: «*Primum Graius homo...*»

Me considero muy dichoso por haber podido volver

á esos grandes maestros estando aún en el pleno vigor de la vida y en la madurez del juicio y del gusto. Muchas personas leen todo el griego que han de leer antes de los veinticinco años. Después no vuelven á encontrar tiempo para tales estudios hasta que se hallan en el ocaso de la vida; y entonces han perdido en gran parte su conocimiento de la lengua, y no pueden recobrarle fácilmente. Así, casi todas las ideas que las personas tienen de la literatura griega son ideas que formaron cuando aún eran muy jóvenes. Un joven, por genio que posea, no es juez de un escritor como Tucídides. Yo no tenía una alta opinión de él hace diez años. Ahora me puse á leerle con el espíritu avezado á las investigaciones históricas y á los asuntos políticos, y estoy asombrado de mi anterior ceguedad y de su grandeza. En el colegio no podía aguantar á Eurípides. Ahora canto la palinodia. Tiene, sin duda, sus defectos. Pero ¡qué poeta! La *Medea*, el *Alceste*, las *Troyanas* y las *Bacantes* bastan para colocarle en primera fila. En vez de haberle desdeñado, como he hecho, puedo acabar por editarle.

He leído á Píndaro con menos placer del que me proporciona la lectura de los grandes poetas áticos, pero todavía con admiración. Me ha ocurrido una idea que probablemente se les habrá ocurrido antes que á mí á cien personas. Siempre me había atormentado por comprender la razón de las transiciones tan bruscas de esas odas de Horacio que se reputan singularmente primorosas. El «*justum et tenacem*» es un ejemplo. Os encontráis en los cielos de repente, sin saber cómo. No es fácil concebir qué tenga que ver la firmeza de los justos en tiempos de tiranía ó de revueltas con la oración de Juno sobre Troya. De igual suerte, ¡qué zurcido tan raro el de la lucha entre los dioses y

los gigantes, y el hermoso himno á las Musas en aquella noble oda: «*Descende coelo et dic age tibi!*» Siempre me extrañó eso como un defecto grande é inexplicable, porque nada más ajeno al sereno juicio y al buen gusto que distinguen á Horacio.

Mi explicación es esta. Las odas de Píndaro eran los modelos reconocidos de la poesía lírica. Los poetas líricos imitaron su estilo lo mejor que pudieron; y nada había más notable en sus obras que la violencia y brusquedad extraordinaria de las transiciones. Eso en Píndaro era completamente natural y defendible. Tuvo que escribir un número inmenso de poemas sobre asuntos sumamente áridos y monótonos. Poca diferencia podía haber entre uno y otro pugilato. Por lo mismo él se apresuraba á salir cuanto antes del tema y á traer por los cabellos alguna descripción local, alguna leyenda antigua, cualquier cosa, en resumen, que fuese más susceptible de embellecimiento poético y no estuviese tan gastada como las particularidades de una carrera ó de una lucha de atletas. No era Píndaro sólo el que procedía así. Según una antigua tradición, Simónides hacía lo propio; y á veces el héroe del día se quejaba de lo poco que hablaba de él la oda consagrada á la fiesta. Esas transiciones bruscas eran, pues, en los líricos griegos un defecto debido á la aridez y uniformidad de las materias que trataban. Pero como otras muchas faltas de los grandes maestros, ese defecto parecía á sus imitadores una belleza; y una belleza casi esencial para la oda más grandiosa. Horacio era perfectamente libre de elegir sus asuntos y de tratarlos á su modo. Pero confundió lo que era puramente accidental en el procedimiento de Píndaro con lo esencial; y porque Píndaro, cuando tenía que celebrar á un badulaque de Egina que había echado

la zancadilla á otro en el Istmo, se apresuraba á pasar de un tema tan mezquino á los antiguos héroes de la estirpe de Eaco; á Horacio se le metió en la cabeza que debía empezar siempre lo más lejos posible del asunto, y llegar á él después por un salto extraño y repentino. Esa es mi solución. Por lo menos no encuentro otra más plausible. El pasaje más obscuro, por lo menos el más extraño de Horacio, puede explicarse suponiendo que le extravió el ejemplo de Píndaro. Me refiero á aquel singular paréntesis de *Qualem Ministrum:*

*quibus*

*Mos unde deductus per omne.*

Siempre me chocó este pasaje (1), considerado en sí mismo como una de las digresiones más violentas, más extravagantes y descabelladas del mundo. Pero en Píndaro se ven varias cosas muy parecidas.

Tiene usted que dispensarme todo esto porque ahora tengo que disminuir la ración de griego, y la privación se prolongará por lo menos durante tres años. Malkin podría servirme de consuelo; pero no puedo decir si piensa venir á Calcuta. Disfruto de una salud física excelente, y voy recobrando la salud moral; pero he pasado una prueba muy penosa. Los asuntos de dinero presentan buen cariz. Mi nuevo hermano político y yo somos algo más que hermanos políticos. Estoy más á gusto de lo que esperaba en este país; y en cuanto al clima, me parece mejor, con mucho, que el de la Cámara de los Comunes.

Suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

(1) Orelli hace una observación parecida en la nota que pone á este pasaje en su edición de 1850.

Tres días después de la fecha de esta carta dice Macaulay á su amigo Mr. Sharp: «Ya ve usted que mi espíritu no corre gran peligro de enmohecerse. El peligro es que me haga un simple pedante. Siento una comezón creciente de hacer citas; pero resisto á ese demonio (porque tal es), y huye de mí. Es un verdadero triunfo desterrar de mis cartas el griego y el latín. Aun ahora tengo en las puntas de los dedos sabias sentencias de Eurípides... Para un hombre de una gran memoria es una cosa peligrosa leer mucho. En apoyo de este aserto podría hacerle á usted aquí tres ó cuatro citas; pero yo tendré á raya, si puedo, la viciosa inclinación.

Calcuta, 29 de Mayo de 1835.

Querido Ellis: Estoy muy falto de noticias. Sabemos que los tories disolvieron el Parlamento á fines de Diciembre, y sabemos también que fueron derrotados hacia fines de Febrero (1). De lo que pasó en el interin estamos completamente á obscuras. No le molestaré con comentarios sobre sucesos que habrán cedido el puesto á otros en su espíritu antes de que ésta llegue á sus manos, ni con profecías que los hechos pueden desmentir antes de recibirlas usted. Del resultado final estoy seguro. El lenguaje del primer gran reformador es el que yo emplearía en respuesta al re-

(1) En Noviembre de 1834 el rey llamó al poder á Sir Roberto Peel, después de haber obligado á presentar la dimisión al ministerio whig. El Parlamento fué disuelto, pero los tories no lograron obtener mayoría. Después de tres meses de una lucha continua y enconada, Peel bajó del poder en Abril de 1835.

gocijo de los tories de aquí, si hubiese alguno que pudiera entenderle:

«Reverencia, adora y adula al monarca del momento. Para mí Júpiter es menos que nada. Conserve él su mando y su cetro durante esta breve temporada, porque no será durante mucho tiempo el jefe de los dioses.» No hay que decir que el pobre Guillermo IV era el Jove del Prometeo whig.

En cuanto á mí, celebro estar á distancia de la tormenta presente. «*Suave mari magno*», ó, como dice su primer ministro de ustedes, si es aún primer ministro: «es una fuente de triste satisfacción». Claro es que puedo sentir aquí las consecuencias de los cambios, pero más por razones públicas que por razones privadas. No es fácil que un gobernador general tory acepte las importantes reformas legislativas que he de someter al Consejo. Pero no es de presumir que me trate mal personalmente; y si lo hace, «será á su costa, mientras este arco dispare certero», como dice Filoctetes. Dentro de algunos meses tendré lo bastante para vivir ahí modestamente con completa independendencia; y todas las malas pasadas que quiera jugarme en Calcuta un gobernador general, me las pagará con creces en Westminster.

Reparto el tiempo entre los negocios públicos y los libros. Tengo el menor trato posible. No me he re- puesto aún—á veces creo que no me repondré nunca enteramente—del golpe que recibí hace cinco meses. Nada calma tanto mi espíritu como la contemplación de esos portentos de arte que nos ha legado Atenas. Estoy volviéndome fanático por la literatura clásica. Acabo de terminar una segunda lectura de Sófocles. Ahora estoy engolfado en Platón, y pienso recorrer todas sus obras. Su genio excede á toda ponderación.